

Vidi presso di me un veglio solo,
Degno di tanta reverenza in vista,
Che più non dee a padre alcun figliuolo.

Lunga la barba e di pel bianco mista
Portava, a' suoi capegli simigliante,
De' quai cadevi al petto doppia lista.

Li raggi delle quattro luci sante
Fregiavan sì la sua faccia di lume,
Ch' io 'l vedeo, come 'l Sol fosse davante.

Chi siete voi, che contra 'l cieco fiume
Fuggito avete la prigione eterna?
Diss' ei, movendo quelle oneste piume.

Chi v' ha guidati? o chi vi fu lucerna,
Uscendo fuor della profonda notte,
Che sempre nera fa la valle inferna?

Son le leggi d' Abisso così rotte?
O è mutato in Ciel nuovo consiglio,
Che, dannati, venite alle mie grotte?

Lo duca mio allor mi diè di piglio,
E con parole e con mani e con cenni,
Reverenti mi fe le gambe e 'l ciglio.

Poscia rispose lui: Da me non venni;
Donna scese dal Ciel, per li cui preghi
Deila mia compagnia costui sovvenni.

Ma dacch' è tuo voler? che più si spieghi
Di nostra condizion, com' ella è vera,
Esser non puote 'l mio ch' a te si nieghi.

Questi non vide mai l' ultima sera;
Ma per la sua follia le fu sì presso,
Che molto poco tempo a volger era.

Sì com' io dissi, fui mandato ad esso
Per lui campare; e non v' era altra via
Che questa, per la quale io mi son messo.

Mostrat' ho lui tutta la gente ria;
Ed ora intendo mostrar quegli spirti,
Che purgan sè sotto la tua balia.

Com' io l' ho tratto sarìa lungo a dirti.
Dell' alto scende virtù, che m' ajuta
Conducerlo a vederti e ad udirti.

Or ti piaccia gradir la sua venuta:
Libertà va cercando, ch' è sì cara,
Come sa chi per lei vita rifiuta.

Tu 'l sai, chè non ti fu per lei amara
In Utica la morte, ove lasciasti
La veste ch' al gran dì sarà sì chiara.

Non son gli editti eterni per noi guasti:
Chè questi vive; e Minos me non lega,
Ma son del cerchio, ove son gli occhi casti

Di Marzia tua, che 'n vista ancor ti prega,
O santo petto, che per tua la tegni.
Per lo suo amore adunque a noi ti piega;

Lasciane andar per li tuo' sette regni:
Grazie riporterò di te a lei,
Se d' esser mentovato laggiù degni.

Marzia piacque tanto agli occhi miei,
Mentre ch' io fui di là diss' egli allora,
Che quante grazie volle da me, fei.

Or, che di là dal mal fiume dimora,
Più muover non mi può, per quella legge
Che fatta fu quand' io me n' uscì' fuora.

Ma se Donna del Ciel ti muove e regge,
Come tu di', non e' è mestier lusinga;
Bastiti ben che per lei mi richiegge.

Va dunque, e fa che tu costui ricinga
D' un giunco schietto, e che gli lavi 'l viso,

que el carro acababa de desaparecer (1), y ví junto á mí un anciano solo y digno por su exterior, de todo el respeto que puede inspirar un padre á su hijo. (2)

Llevaba una larga barba entrecana como su cabello, y de la que un doble mechón le llegaba hasta el pecho. Los rayos de las cuatro luces santas daban tal resplandor á su rostro, que podia contemplarlo como si le hubiese inundado el sol.

« ¿Quién sois vos, que, yendo contra la corriente ciega, habeis huido de la cárcel eterna, dijo el anciano agitando su barba venerable? »

« ¿Quién os ha guiado, ó cual ha sido vuestra antorcha para salir de la noche profunda que hace sea continuamente negro el infernal valle? »

« ¿Puede faltarse así á las leyes del abismo? ¿ó se habrá dado quizás en el cielo un nuevo decreto, por el cual, vosotros los condenados, podais venir de este modo á mis grutas? »

Indicóme entonces mi guia con sus palabras, sus señas y sus miradas, que debia mostrarme respetuoso, hincar la rodilla é inclinar la vista.

Luego él contestó: « No he venido por mi voluntad; y si porque una mujer bajada del cielo (3), me ha suplicado ayudára á éste acompañándole. Pero, ya que es tu deseo te expliquemos cual es nuestra verdadera condicion, te diré que consiste la mia en no negar cosa alguna.

Este no ha alcanzado aun su último día, pero se vió tan cerca de él por su locura, que solo debia ya trascurrir para él muy poco tiempo. Entonces, como he dicho ya, fué enviado á su encuentro para salvarle, y no habia otro camino que el que he seguido.

Le he enseñado toda la raza condenada; y quier o ahora hacerle ver los espíritus que se purifican bajo tus órdenes. Decirte como le he conducido hasta aquí seria harto prolijo: de lo alto viene la luz que me ayuda á guiarle aquí para verte y oírte.

Dígnate, pues, acoger benigno su llegada; va en busca de la libertad que es tan querida, como lo sabe el que por ella desprecia la vida. Tú lo sabes, tú que por ella no hallaste la muerte amarga y dura, y que dejaste en Utica el despojo, que tan brillante aparecerá en el gran día.

Los decretos eternos no pueden ser revocados por nosotros. Este es viviente, y Minos no me detiene; yo soy del círculo en que hay los castos ojos de tu Márcia, que parece aun suplicarte, corazón santo, que la tengas por compañera y por tuya. Accede por su amor á nuestra súplica, déjanos recorrer tus siete reinos; y yo mismo le daré las gracias, caso de que permitas se pronuncie tu nombre allí abajo. »

« Márcia agradó tanto á mis ojos, mientras estuve en la tierra, contestó él entonces, que obtuvo de mí cuantas gracias quiso; ahora que habita allende el rio culpable, no puede ya conmoverme, á causa de la ley que fué hecha cuando salí del Limbo. (4)

(1) El carro de la grande Osa.

(2) Catón de Utica. — Dante invita á Virgilio en el libro viii de la *Éneida*, Secretos que pros; his dantei Jura Catonem.

(3) Teatrix; *Inferno* canto ii.

(4) A la venida de Jesucristo. *Inferno* canto iv.